

de destacó el italiano Domenico Zipoli, prácticamente el primer compositor de los países de la cuenca del Plata.

Con la dirección musical de Luis Szarán y coreográfica de Emilio Barrientos, se han exhumado en Asunción las páginas de vísperas escritas en las misiones (siglos

XVII y XVIII), así como una serie de danzas anónimas del siglo XIX, entre las cuales cuentan cielitos, cuadrillas paraguayas, golondrinas, cazadoras y contradanzas. La obra de mayor envergadura es una misa ad hoc hecha para los servicios misioneros y que se conoce como *Misa Guarayos*.

El fondo de la maleta

Americanitos

Hay un antiguo paternalismo español, que podríamos calificar de *carca* y que consiste en pensar a Hispanoamérica como la eterna deudora filial de una madre patria igualmente eterna. España sigue siendo, en esta perspectiva, el centro inmutable del mundo hispánico, nada menos que por derecho de conquista y fundación. Y los americanos son perpetuos *americanitos*, niños necesitados de cuidados maternos.

Pero hay otra manera, menos obvia pero igualmente radical, de paternalismo, que esta vez se puede calificar de *progre*. Se trata de ver en Hispanoamérica un continente de pobres que demandan como mendigos, a las puertas del mundo desarrollado, sus sobras y sus vergüenzas. Este paternalismo necesita que los *americanitos* tampoco crezcan, que se mantengan en un escandaloso nivel de postración y miseria, para que los generosos y solidarios su-

jetos del Primer Mundo puedan denunciar con indignación ante sí mismos las lacras que pesan sobre los hermanos (mejor: hermanitos) de ultramar.

Es cierto que las bolsas de marginación y miseria de los países hispanoamericanos reclaman la ira, la tristeza y la sensatez cooperante. También es cierto que contemplar el subcontinente como una unidad es erróneo: cada sociedad tiene problemas diversos y exige tratamientos igualmente matizados. Generalizar y abstraer ayuda poco y nada a resolver. Y, por fin, también es cierto que no toda Hispanoamérica está por debajo del nivel de la civilización en cuanto a riqueza económica y cultural.

¿Es pobre la literatura de Borges, Octavio Paz, García Márquez o Neruda? ¿Deficiente la ciencia de Leloir, Houssay, Patarroyo o Milstein? ¿Subdesarrollada la música de Chávez, Ginastera o Villalobos? ¿Ineficaz la pintura de Ri-

vera, Portinari, Lam, Matta o Guayasamín? ¿Débil el diseño de Ambasz o Maldonado?

La España conquistadora y fundacional, con sus glorias y sus miserias, ha pasado a la historia. La otra España, igualmente protectora y materna, ha de pasar, seguramente. Las relaciones entre España

y el mundo hispano-hablante deben ser, más bien, de fraternidad, evitando otros incómodos lazos de familia. La fraternidad surge de las facilidades que proporciona la comunidad lingüística. Ella habilita a España a entrar en un contacto inmediato y fluido con los americanos. No con los *americanitos*.

El doble fondo

No dejes para mañana la crítica que puedas hacer hoy

Ahora que en varios países europeos (entre ellos, el nuestro) la inflación se detiene y trata de ajustarse lo más posible al cero, cabría la posibilidad de imaginar que se pudiera hacer lo mismo con la literatura, entendida ésta en su sentido más amplio que abarca tanto las obras de creación como la crítica. No me refiero a que haya necesidad de un equilibrio antinatural o ficticio, sólo que nos acercáramos un poco al valor real de las obras. La inflación en literatura tiene, como mínimo, varias características, dos de ellas de una cierta importancia: el exceso genérico de la profusión determinado por la industria, y el exceso crítico que valora excesivamente lo que cada día que pasa pierde peso. Surgen panoramas y libros de crítica e historia —en ocasiones en editoriales más o menos fiables— que se relacionan con la literatura como con un mercado que hay que mantener, y del cual han eliminado el riesgo

y la crítica misma. Pongamos un caso sin nombre (ya que tampoco lo tiene este texto): una historia de la poesía española que abarca el siglo. Si analizamos la segunda mitad veremos que están prácticamente todos los que se manejan habitualmente en los suplementos literarios y en las antologías. Cualquier lector sensible sabe que la mitad de esa mitad no soporta una lectura atenta, que son escritores mantenidos por la lógica del mercado y los usos y abusos de los medios de comunicación.

La pregunta del millón es: ¿Por qué el estudioso no tiene un criterio suficiente? ¿Por qué no arriesga nada? La supuesta objetividad (que en este caso es la aceptación de un cierto estado de opinión) que podría blandir el autor, no resiste un examen sobre la misma, entre otras cosas porque los valores de la literatura no tienen nada que ver con la aritmética democrática. Hay que agradecer a T. S.

Eliot que leyera con atención a John Donne o a Paz que haya escrito su ya clásico *Sor Juana*, aunque ni el poeta metafísico ni la monja barroca fueran lecturas de los coetáneos de ambos actos de reivindicación. Si por el estado de opinión nos lleváramos, los cien años de *Un coup de dés* que se cumplen en el 98, nadie lo tomaría en cuenta en nuestro país, tan ajeno no digamos a ese poema sino a su significado histórico. La historia de la literatura, incluso cuando se hace respecto a un pasado que ya ha impuesto cánones, hay que hacerla con riesgo, aunque se exponga a la discusión y a las mofas del gremio. Y no digamos ya si se pretende historiar el presente. En ese caso hay censo o crítica. El censo supone la ausencia del crítico, y la presencia de éste es negación del censo y afirmación de criterios y gustos, aunque éstos no sean aceptados por todos. En el presente sólo puede haber un cuerpo a cuerpo con la literatura, lo

que introduce la noción de sujeto y con ella toda una familia semántica: subjetividad, placer, gusto, debilidad, etc. que nos conducen al lector abierto (en el sentido que Umberto Eco atribuye a la obra). Se observa una gran ausencia de ese trato corporal y, no sé si lo peor, ausencia de trato mental: ejercicio intelectual reflexivo, que se dirige a las obras tanto como a los procedimientos y al lector de las mismas. Lo que queda, salvando honrosas excepciones, es inflación. Y siempre que surge esta palabra, hay que añadir lo de corríjase. El fatalista confiará en el tiempo, ese gran crítico y antólogo que va situando las obras como cantos rodados, despojadas de sus lastres; y el que sabe que nada se hará que no hagamos y, por lo tanto, desconfía de ese tiempo anónimo y justiciero, piensa que el tiempo es la voz de todos, pero no es fácil oírlo porque siempre está hecha de presente: «sólo a través del tiempo se conquista el tiempo».